

ESTUDIOS

Ideas Estéticas en las Antologías de Carlos García-Prada

ABANDONANDO su propia obra en tanto desarrolla un ciclo de divulgación de joyas literarias que hicieron carne y espíritu irresistible en él, este catedrático de literatura en la Universidad de Washington, viene cumpliendo, con método, seriedad y sentido crítico poco comunes en nuestra generación, una labor a la que los próximos tiempos han de hacerle justicia. Atosigado de entusiasmos y de quehaceres, en ahogos de ideas que trata de desenvolver con meticuloso rigor; arrastrado por el ímpetu creador de una voluntad que rompe con todas las reglas y avanza sin ver lo que deja atrás realizado, está cumpliendo una misión digna de alabanza en el terreno de la literatura.

Puntal en el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, que un grupo de profesores en ideas afines han convertido en instrumento de cultura, único en lengua castellana, García-Prada acomete una labor múltiple, de la que son testimonio elocuente sus ensayos y selecciones de poetas que viene publicando, con tanto mayor cariño cual si fueran creación exclusiva de su ingenio. E impregna de una tal dosis de cariño y de bondad esta obra que sin interrupción prosigue, que denotan en este autor a un gran humanista, en nuestros tiempos humanitaristas.

Una obra monumental, *Antología de líricos colombianos*, que diera a la estampa en 1937, marca la pauta a toda una labor futura. En dos apretados volúmenes de más de 800 páginas, García-Prada recoge lo más vivo y bello de la poesía de Colombia, pueblo de poetas, que “por eso se ha librado de la crueldad”, que “ama la libertad y la justicia y siente el ansia invencible del ideal”. En esta antología poética, en que figuran composiciones de vida eterna, tomadas del gran caudal lírico de aquel pueblo que, según dos versos de Olegario V. Andrade, “parece señalar a las naciones — la inagotable juventud del mundo”, certifica García-Prada, en una extensa introducción de apretada prosa a la que hay que recurrir cuando se quiera seguir el estudio y evolución literarios de aquel país, que los colombianos se han distinguido especialmente por su constante y fervoroso culto de la poesía, que los coloca, “según unos en un plano inferior de primitivismo emocional y, según otros, en un plano privilegiado y lleno de esperanzas y futuras realizaciones”.

Consigna que la tierra colombiana “es propicia para el vuelo lírico, el ensueño, la contemplación gozosa y expresiva y el dinámico equilibrio del espíritu”. La poesía allí “no es ejercicio de literatos ni patrimonio exclusivo de nadie, pues a todos nos inspira y consuela, y nos regala sus mieles, generosa y gentil. Aquí, de las clases humildes e ignorantes han surgido poetas de numen noble y fecundo, y de las clases cultas, cantores de sencilla y natural tendencia popular. Alejados en parte del bullicio industrial y comercial de nuestro siglo, y ajenos al mezquino hedonismo que caracteriza su civilización mecanística y tambaleante, los colombianos seguimos hechizados por los ritmos y las imágenes poéticas en que se recrea nuestra libre fantasía juvenil”. ¡He aquí todo un mensaje!

Agrega García-Prada: “somos un pueblo caballeroso, y nuestra poesía es romántica en su esencia” . . . y “busca su inspiración en la naturaleza, infundiéndola de un subjetivismo trascendental y simbólico” . . . “que es ya preludio del futuro advenimiento de una nueva religiosidad de índole espiritual y científica al mismo tiempo.” La poesía colombiana “tiene todas las características esenciales de la romántica; melancolía y nostalgia del pasado y ansia invencible de infinitud y de eternidad; correspondencia entre el arte y la vida; visión de las cosas más allá de sus apariencias sensibles”. Posee “amor a la historia de su pueblo” . . . “desequilibrio emocional y filosófico y, sobre todo, musicalidad más bien que plasticidad, y contem-

plación emocionada de la naturaleza, que encarna todas las libertades y todas las armonías y cuyo sentimiento primitivista y enérgico, en sus primeras manifestaciones, se va haciendo cada vez más suave, íntimo y sagrado”.

Recalca García-Prada que el sentimiento de la naturaleza es muy notable en la lírica colombiana, respondiendo a una admiración profunda hacia cuanto le rodea. A este fenómeno quizás convergen el estado físico de la nación “bañada por dos mares y surcada por muchos ríos”; país tropical, que “comprende todos los climas geográficos del mundo, desde el frío de las cumbres andinas hasta el ardiente de las playas marítimas y que da habitación a una flora y fauna incomparables. Su paisaje es, por lo tanto, de una infinita variedad, que desafía los más finos poderes descriptivos del hombre, y causa en él impresiones de orden muy diverso y aun contradictorio”.

Acusa que el paisaje colombiano es la única realidad del país. Frente al sublime espectáculo de imponentia que entraña la cordillera andina, aparecen los páramos “donde parece haberse recogido para siempre una tristeza honda y silenciosa como alguna fuerza primitiva, cósmica, que fuese al mismo tiempo religiosa e íntima melodía”. Paisaje irresistible que subyuga y mece al hombre en cuna de lirismo, ya melancólico, ya esencialmente rebosante de sana alegría, como en explosiones de áurea beatitud.

A través de su meduloso estudio, García-Prada señala que la poesía colombiana entraña “un nuevo paganismo que persigue el cultivo integral y armonioso del ser humano y ama la elegancia y el vigor, o inicia ya un cristianismo más espiritual que teológico, o experimenta un afán indeciso de superación que despliega sus alas a todos los vientos y abre los ojos a toda luz, alimentando en silencio la llama que nos ilumina y nos promete la llegada del Maestro futuro”. Establece una clasificación entre poesía individualista y esencialmente romántica, así como se extiende sobre su estética; se ocupa en definir que todo arte, en último análisis, es siempre poético; del sentido específico del verso, la música que lo orienta y lo mide, de las relaciones psicológicas que son comunes al arte y a la vida, para afirmar que cada “raza humana tiene su propio sentido del ritmo, y su propia onda de conciencia”, de manera que no es de admirar que existan en la tierra tantas formas artísticas, ni de sorprenderse, si a veces los hombres de una raza no pueden sentirse “en presencia

de los fenómenos artísticos de otra raza, o de otra época, pues el ritmo evoluciona como la vida, como la realidad”.

Se extiende luego acerca del valor que entraña el significado de la palabra, que le da motivo para acertadas disquisiciones evocativas provocadas por los sonidos y los ritmos “poéticos que pueden herir o acariciar el tacto con sus hondas ondulaciones”. Se refiere a la unidad, la variedad y la armonía, para concluir que “cada una de las bellas artes tiene sus medios propios de expresión, y casi nunca puede ninguna de ellas invadir el reino de las demás, como nos lo enseña la historia”.

Como se observa, hay en dicha introducción tal cúmulo de ideas y sentimientos estéticos, y está galvanizado este estudio de un aire y una vida tan purificados, como riqueza de expresión, que en este orden abre ancho campo a sus emociones humanas. Campea un espíritu de libertad en todas sus formas y se halla dotada de un ritmo de vida, que palpita en todas sus páginas, y ha de manifestarse en toda su obra posterior. Cada uno de los poetas que integran la citada *Antología* va precedido de una somera nota biográfica y bibliográfica, que tornan esta obra de un valor todavía más acabado y amplio, demostración de su gran competencia en la materia.

Iniciando la serie don José Joaquín Ortiz, recorre los diversos ciclos y generaciones de la poética colombiana hasta llegar a Germán Pardo García, bajo cuya inspiración, e ilustrado con viñetas propias, abre la primera página de *Luz que flota en el olvido*, publicado en 1939, formada por sonetos de diversos autores, también colombianos de distintas épocas y de variada significación, que la convierten en una admirable y bellísima antología singular. La selección, que armoniza en sus ciento veinte sonetos con el título simbólico que le sirve de marco, reúne dentro de un plan armónico y emocionado la obra de gran número de poetas colombianos.

A estos dos volúmenes que señalan sin discusión una de las más capaces figuras críticas y literarias del continente, con aporte de conceptos y pensamiento nuevos, cabe agregar una introducción felicísima y rebotante de ideas que precede a la *Antología poética* de González Prada, aparecida en 1940, como primer volumen de la colección CLÁSICOS DE AMÉRICA, que el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana publica. Hace derroche, García-Prada, del cariño que profesa hacia la obra de este artífice peruano y maestro de la juven-

tud continental, considerado como el más grande de los escritores que haya tenido el Perú de todos los tiempos.

Sensible y propenso a la emoción, como lo es en el fondo todo poeta, García-Prada sabe captar y exponer el pensamiento libre de tan gran figura, a quien la literatura americana tanto le debe por el aporte de normas estéticas y el acendrado lirismo que mana de toda su obra. También aquí el pensamiento humanitarista de García-Prada arranca notas de acendrado sentir que expone gradualmente, con paso rítmico, envuelto en un lenguaje expresivo que destila emoción y venerado respeto e interpreta iguales puntos de vista estéticos. Con entusiasmo inagotable, modela, emocionado, esta introducción a la voluminosa *Antología* de González Prada, cuya vida e ideas sigue paso a paso y expone con pasión: "Nacido para la inmortalidad, por virtud de su fuerza creadora y su noble actitud humanitaria, don Manuel es figura brillantísima cuyas obras y palabras tienen gran interés para la historia."

Además de una descripción amena de cada uno de sus biografados, que realza y adquiere magnificencia en el tiempo, García-Prada acude con sentenciosas y frescas imágenes, modeladas como para vivir en eterna fiesta; y sin esfuerzos, en un estilo que marca la pauta de una destreza verbal florecida, salpicada de punzantes endechas, desenvuelve su discurso, siempre uniforme, "discurriendo por el mundo, sin cuidarse de lo que de él digan o piensen los demás", en loca carrera, amando al "viento que le trae aromas", como él mismo expresa al estudiar la personalidad de León de Greiff y ubicar el sitio que le corresponde dentro de la poesía contemporánea de América.

Su talento crítico, sagaz e inquisitivo, vuelve a aparecer al frente de *Prosas y versos*, de José Asunción Silva, segundo volumen de la colección CLÁSICOS DE AMÉRICA, también editado por el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana. Aquí encuentra, en el tormento del poeta, vena filosa donde hurgar en el torrencial poético de esta figura singular en la literatura americana, que si como poeta aquilata dotes que tarde han de superarse, como prosador diestro, fino y contundente puede estimarse excepcional. Detrás de esta figura se amuralla García-Prada y ataca al arcaísmo poético runruneante y rumiante de una época en que es Silva "el primero en llevar a la poesía hispanoamericana, y con ella a la española, ciertos tonos y ciertos aires", como apuntara don Miguel de Unamuno, aires y tonos que marcaron una renovación espiritual y de estética nuevas. Adéntrase

en las vicisitudes del poeta, en sus crisis y arrebatos; en sus grandes quebrantos morales, ya en pos de afianzamiento original que le distinguiría posteriormente, ya sumido en la incertidumbre, en el decaimiento. Analiza esta lucha tormentosa en que viviera el poeta, y que le llevara al estudio de los géneros literarios más dispares y desacordes, desde el lírico al irónico y al pesimismo tenebroso, último peldaño en la escala descendente de toda personalidad; arrastrado por la fiebre de horizontes, que las más de las veces se aparecían oscuros o dejándose arrebatarse por el lirismo que era su vena más sensible, más pura y armoniosa, porque era toda la vida y porvenir de este poeta incomparable.

Siguen a tales selecciones las correspondientes a Luis C. López y a Barba Jacob, poeta este último, hace dos años fallecido, que se había dirigido a sus colegas de América, imaginando que ésta “vive en una Edad Media, sin religión, y anunciando que sus poetas deben perseguir un ideal continental y aunar sus esfuerzos por lograr una vida honda, pura, espiritual”, que haga de esa América “un milagro eterno de ternura, de paz y de melodía”. García-Prada, al ocuparse de Barba Jacob, añade que el mayor encanto “de sus poemas reside en un aspecto insólito en la poesía castellana: bajo la castidad insospechable de la frase, como bajo el peplo de la bacante rubendariana, palpita el desenfreno de los sentidos con urgencias sutilísimas e irresistibles, que se sienten aunque no llegan a deformar la sabia melodía, noble y original”; que cultivó el verso “con seriedad de ungido, deseo de dar su propio trigo, y seguro de que en éste tiembla la savia de los campos del Nuevo Mundo de Colón”.

He aquí, someramente expuesta, la labor de un miliciano que todo lo conduce al ideal artístico y que, como todo ideal, ha de ser esencialmente, necesariamente, humano. Ya dejamos expuesto que falta su obra de volumen, pues los comentados son sólo estudios, jirones arrancados de la vida poética de los biografiados. Esta labor antológica que prosigue para divulgación de los valores literarios del continente, a la que hay que agregar *Flor de Tradiciones*, de Ricardo Palma, en colaboración con el Dr. G. W. Umphrey, da idea de una voluntad y sentimientos excepcionales, así como de una capacidad crítica, firme, justa y puesta al servicio de la libertad. No es mercenaria su pluma ni su factura está destinada a convertirse en conserva. Frente a la industrialización de la palabra, al adocenamiento servil y humillante de quienes sométense a la disección del pensamiento,

le mimifican y momifican para la cotización, por docenas, kilos o metros, es una satisfacción grande cuando comprobamos que, pese a las dificultades originadas por la guerra, los descendientes del Tío Sam se descubren y respetan la opinión de los hombres libres, tanto en ideas estéticas como sociales. No hay muchos países bajo la bóveda celeste donde el ser humano pueda expresar sus sentimientos más íntimos. La república del Norte, sin ser excepción, es una de las garantías que harán vivir su democracia.

Esperamos de García-Prada su propia obra, reunida en volumen, que ha de situarle, sin duda, entre los mejores críticos de América.

CAMPION CARPIO,
Buenos Aires.

